

Diciembre 08/2004

LA POLÍTICA: ARTE Y CIENCIA

Por Agustín Saavedra Weise

¿Cuál es el tema esencial de la política? La gente comúnmente dice que la política es la ciencia del estado; algunos dicen que es el arte de lo posible, mientras otros expresan que es el arte del gobierno. No faltan aquellos que identifican a la política con el poder o la definen como la ciencia del poder. El idioma castellano no brinda como sucede en la lengua inglesa, la posibilidad de tener dos palabras distintas: "politics" (para todo lo referente a principios fundamentales) y "policy" (que implica acciones y medidas, decisiones ejecutadas por quienes gobiernan y sustentadas por determinadas visiones filosóficas o ideológicas). Repasaré algunos viejos conceptos que ya escribí tiempo atrás y que siguen siendo interesantes.

La política es el mecanismo a través del cual en todo tipo de sociedad –desde una tribu primitiva hasta un estado nacional moderno–, se establecen decisiones de autoridad mediante mecanismos de sanción probable y de obediencia voluntaria.

El concepto de poder implica la capacidad de modificar la conducta de otros según nuestros propios deseos, la capacidad de imponer nuestra propia voluntad. Si nosotros podemos imponer nuestra voluntad y logramos que otros hagan lo que ordenamos que hagan, tenemos poder.

En cualquier sociedad organizada (aún en las comunidades más primitivas), existirá un mecanismo –impuesto o institucionalizado– mediante el cual se aplica y se ejerce el poder. Sea el consejo de ancianos de una tribu, el mejor cazador entre los aborígenes del Amazonas o el Poder Ejecutivo en Bolivia, ahí está el poder: ellos pueden premiar, sancionar y cambiar nuestra conducta, con solamente así decidirlo, siempre claro, en el marco de las reglas del juego establecidas y aceptadas por la población. Ese poder será delegado, será institucionalizado a través de mecanismos legales y procedimientos, será tradicional o será de naturaleza carismática –como decía Max Weber–, pero tiene que haber poder, capacidad de imponer y de ser obedecido. He aquí la ecuación básica de la política: posibilidad de mandar y lograr obediencia, amenazando para ello con sanciones probables a quien no acepte la norma. No puede haber política sin que la gente obedezca a quien tiene el poder. Sin obediencia la sociedad se fragmentaría.

Por otra parte, tiene que existir una clara amenaza de castigo para aquél que no obedezca. Para citar un solo ejemplo: si nosotros nos pasamos un semáforo con luz roja, aunque estemos en una bocacalle desierta a media noche, es un hecho que la sociedad estipula una posibilidad de sanción. Si nos descubren, pagaremos la multa. Si robamos un negocio o cometemos un crimen, hay otra posibilidad de sanción que es ir a la cárcel y así sucesivamente. Toda organización humana tiene en su base al poder y quien ejerce ese poder, siempre amenazará con sanciones probables cualquier violación de las pautas de convivencia.

Con el tiempo, el delicado balance de la ecuación política genera la obediencia voluntaria. Sin una mayoritaria obediencia voluntaria, no puede existir absolutamente ningún tipo de organización humana estable. A su vez, el hecho de aceptar las pautas emanadas de la autoridad –que pueden estar escritas y señaladas taxativamente como también ser producto de transmisiones orales, de tradiciones o simple efecto de la mera costumbre– alimenta progresivamente la legitimidad, el sentimiento colectivo de que los actos de los mandantes son buenos, hay que aceptarlos y acatarlos. Cuando hay legitimidad, el sistema político se refuerza notablemente. La dominación se ejerce, pues, mediante el poder legitimado. La legitimidad genera estabilidad y permanencia. Caso contrario, habrá rebelión y el sistema puede colapsar.

-----000-----